

REFLEJOS EN EL AGUA

ILUSIONES Y DESILUSIONES

Por RAFAEL SANCHEZ DE OCAÑA

El maestro ha llegado a la vejez: se resigna con ironía y recatado dolor, desconociendo los serenos gozos, que por consoladora leyenda le atribuyen los moralistas, sin creer en ellos. También a la gloria. Todos rinden pleitesía a la inteligencia poderosa, abrumadora erudición, rica sensibilidad y gracia de estilo, de Saint-Beuve. Ha sido poeta romántico y novelista en la juventud, en la edad madura, enamorado siempre. En los años mozos, de manera pública, demostró su admiración al genio de Victor Hugo; privada, a los encantos de su esposa Adela, tan hermosa como sensible al sufrimiento ajeno y dicha propia. Grande debió ser ésta, pues pudo compartirla sin quebranto. Según parece, el amor no es como el oro y la arena, no disminuye repartido. Aguién lo dijo, e indiscreto sería averiguar sus motivos. Su vida ha sido una larga aventura; más a través de los libros o de los que fueron, que de la vida misma y de los que son. La creación literaria es un mundo depurado, más noble que aquél que no se refleja en las páginas de los libros y se disuelve en el olvido sin dejar sombra de huellas, por merecerlo así. Por qué no penetrar en él, recorrerlo, los pasados abiertos, quietado el corazón y con tesoros de indulgencia en el espíritu, para comprenderlo y gozar de sus bellezas, incluso las que rezuman de pesares? Pero las obras, por valiosas que sean, pierden en rango y dramatismo, si las separamos de quienes las forjaron. Sólo el aliento humano los anima y hace de imperecedera condición, cuando sobre ellas sople el misterio del Verbo. Obras escritas en letras y actos, cuyos ecos llegan a nuestros oídos, como lejanos rumores del mar, Cromwell hizo historia sin trazar una línea. Julio César y Napoleón, manejaron con igual grandeza la pluma que el alfiler, al narrar sus propias hazañas. ¿Por qué no evocar ese pasado muerto, como desquite y compensación del presente? La correspondencia memorias, autobiografías y confesiones, nos permiten el milagro de la resurrección, sin la ayuda de los demás ni estruendo de trompetas desafiadas. Los ojos penetrantes de Sainte-Beuve gustaban más de mirar hacia atrás, que aquello que tenía delante, con excepción de las mujeres, cosa digna de loa. En cuanto a los horizontes futuros, era demasiado escéptico para poblarlos con quimeras. Durante muchos años este benedictino talco vivió seis días de la semana para preparar y escribir su artículo del "Lunes", que le hiciera famoso, dentro de su patria y fuera de ella. Esta suerte de galeote de la pluma, que inspira compasión, era en cierto modo envidiable, comparada a otras: con cuatro artículos al mes, podía mantenerse cop decoro, y ahorrar algunos dineros, en francesa previsión del futuro y ahuyento de miseria. De prodigiosa e insaciable curiosidad, le interesa con pasión todo cuanto cae dentro de la Literatura o de la Historia, cuando de aquella es fronteriza. De sus estudios de Medicina y enseñanzas de los Enciclo-

pedistas, ha llegado a la conclusión, de que es posible hacer una historia natural de los espíritus, reconstruyendo la atmósfera en que los autores o personajes han vivido. El conocimiento del medio es esencial, y más que las virtudes, los defectos ocultos de los hombres, que tanta influencia tienen en el pensamiento y en los actos. Por la profundidad del análisis y malicia de interpretación de las corrientes subterráneas de la conciencia, pudiera tenerse como precursor de Freud. ¡Cuántas intuiciones luminosas en los caracteres más enigmáticos! ¡Qué originalidad de juicio en la apreciación de lo que se halla impreso! Esto le atrae más que la vida misma, que puede observar del natural. No ha de creerse que semejante actitud implica desdeno o aislamiento absoluto. Con sus contemporáneos, tiene los contactos indispensables y cortesés de un hombre que respira en cierto lugar del espacio y en determinados momentos del tiempo, sin privarse de los placeres de la sociedad ni de los gozos del amor o de sus alcázaros, que gustaba recorrer con frecuencia. E: viejo soñador ha atravesado los ambientes más diversos, experimentado sentimientos contradictorios y simpatizado con creencias rivales, sin adherirse a ninguna. Su desdago de vanidades no le vedó ocupar la cátedra en el Colegio de Francia y en la Escuela Normal, ser recibido por la Academia y nombrado senador del imperio. En lo que a amistad atañe disfrutó de la de Taine y Kenán y de la delicada y afectuosa simpatía de la princesa Matilde Bonaparte, quien encontraba consuelo a sus tristezas individuales en la melancolía habitual del maestro, turbada de vez en cuando por chispazos de fina e indulgente ironía. Un día, igual que otros, que en apariencia poco se distinguen los que suavemente tejen sus años, el maestro recibe una carta en su casa de París, en la calle de Montparnasse, refugio de silencio, propicio a la meditación y amable al trabajo. Acostumbrado está a los homenajes de sus lectores, que desparpados por el mundo reflejan por correo admiración a su obra, con cortejo de gratitud. A veces, es un hombre que se dirige a otro superior. En luces y experiencias, sometiendo delicados casos de su intimidad, que por voluntaria decisión, dejan de serlo. Pues quien percibe los latidos más leves de tantas almas excelsas, reales o forjadas en el milagro del arte, bien podría trazar rumbos o insinuar consejos, a los que algo persiguen o de algo huyen, alentados por deseos e ilusiones o decepcionados por remordimientos y tristezas. La celebridad tiene sus deberes, y Sainte-Beuve no se negaba a ejercer una especie de tutela espiritual cuando acudían a él. La carta que llegó a sus manos, en el verano de 1858, llamó la atención: era de mujer, y nada más halagüeño al escritor que gozar, de cerca o a distancia, del aroma del incenso femenino.

(Segue en la 6a. Pág.)

ALGUNOS MINUTOS CON JOSE MANCISOR

Por JEAN-FRANCOIS CHABRUN

José Mancisor es hijo del pueblo mexicano. En el hall del hotel parisiense donde nos recibe, se distingue, por sus hombros macizos y la sobriedad de sus gestos, entre toda la clientela internacional que va y viene. Toda su vivacidad parece concentrarse en su mirada. Una mirada ágil como la de un pintor, y prudente y segura como la de un campesino. Diputado al Parlamento mexicano después de la Revolución, José Mancisor abandonó bien pronto la política activa para dedicarse a la literatura. La influencia de las obras de Barbusse, sobre el cual escribió un ensayo titulado "Barbusse, ingeniero de almas", fue, para él, determinante en ese cambio de orientación. Pero no renunció, sin embargo, a servir la causa de la emancipación de su país. Toda su obra de escritor es prueba de ello. El drama de la generación siguiente al éxito de la Revolución forma la trama principal de su novela "En la rosa de los vientos", que obtuvo un premio nacional de literatura mexicana. "La ciudad roja" traza la historia de la lucha sindical en La Cruz, y los episodios, en esta ciudad, de la revuelta popular provocada por la carestía de la vida, en 1922. He escrito también, —me dice— cierto número de relatos de viajes y un ensayo sobre Zola. Actualmente tengo en preparación un libro que se titulará "Fronteras sobre el mar". Es la historia de la gente de mi barrio. Personas sencillas que, al batirse por su propia libertad, han sido naturalmente arrastradas a defender la libertad y la independencia de su país. Uno de los pintores más brillantes de la escuela española de París se presta a servirnos de intérprete. Su entonación ronca contrasta extrañamente con el español suave de José Mancisor.

El cual, cuando le pregunto cuáles son hoy las grandes tendencias de la literatura mexicana, responde pausadamente: —La cuestión de la Revolución Mexicana, que ha sabido conquistar gran número de libertades esenciales, sin que se pueda por ello pretender que ha triunfado del todo, constituye la médula de todos los escritores progresistas de mi país. Algunos afirman, sin embargo, que ha cesado de ser un motivo literario. Bajo influencias diversas, tienden a desplazar los centros de interés del realismo. Pero ¿hay realismo posible fuera de los problemas que tenemos que resolver en la realidad? La lucha por la independencia de México continúa. La reciente expropiación de los pozos petroleros no es más que un ejemplo de la realidad de esta lucha. Y la suerte de las letras mexicanas no podrá ser independiente de la suerte de ella, teñida, a la vez, contra las tentativas de la economía extranjera para meter las manos en nuestro país, y por la eliminación, entre nosotros, de los aprovechados de la Revolución. "Seguramente se conoce en Francia la Revolución Mexicana a través de relatos más o menos anecdóticos y pintorescos. Es preciso tener mucho cuidado con esa clase de mercancía fútil de exotismo revolucionario. Entre nosotros hay dos clases de escritores que es preciso no confundir: los escritores de la revolución y los escritores revolucionarios. Estos últimos no buscan siempre su inspiración en los temas políticos, pero sí en la realidad cotidiana, en el pueblo de su país, dando la medida de sus servidumbres, de su fuerza y de la esperanza hacia la cual tiende". José Mancisor, que fue presidente de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (L. E. A. R.) de México, habla en la guía de la influencia de la cultura francesa en su país, cuyos

escritores deben tanto, según nos dice, a nuestros clásicos, que suscitamos siempre el mismo interés, a juzgar, entre otras cosas, por la aparición reciente, en México, de una notable traducción de las obras completas de Balzac. —Pero, —añade,— conocemos poco la producción literaria actual de Francia, con excepción de los poemas de Aragón o Eluard y algunas otras produc-

(Segue en la 6a. Pág.)

LA REFORMA DEL HOMBRE AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

Por LUIS RECASENS SICHES

Si queremos que la comunidad jurídica internacional, establecida efectivamente por la ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS, tenga éxito en sus labores y especialmente en la de garantizar la conservación de la paz, es necesario establecerse en el momento de la consagración de estos fines: el espíritu del ciudadano que, sin mengua de su patriotismo, se sepa y se sienta inserto en una colectividad más amplia a la cual su nación y su individuo están obligados por deberes superiores. No basta con que se haya creado el organismo internacional de las Naciones Unidas. Claro que su establecimiento representa un formidable progreso en la tarea de la solidaridad internacional y en la garantía de la paz. Pero su eficacia dependerá de que realmente eche profundas y vigorosas raíces en las conciencias de las gentes. Esos podrá hacer la ONU en un momento de grave crisis, si las gentes de cada país siguen cultivando la emoción de un morbo nacionalista —fuente de las más grandes catástrofes que ha sufrido el mundo—, y si permanecen indiferentes al destino común de la humanidad. Esos podrá hacer la ONU en un momento de grave crisis, si las gentes de cada país siguen cultivando la emoción de un morbo nacionalista —fuente de las más grandes catástrofes que ha sufrido el mundo—, y si permanecen indiferentes al destino común de la humanidad. Esos podrá hacer la ONU en un momento de grave crisis, si las gentes de cada país siguen cultivando la emoción de un morbo nacionalista —fuente de las más grandes catástrofes que ha sufrido el mundo—, y si permanecen indiferentes al destino común de la humanidad.

modifica en gran medida a lo largo de la historia. Existen muchas conexiones de pensamientos, de emociones y de tendencias, que habrían sido tenidas como parte esencialmente humana y reputadas, por lo tanto, como invariables. Pero en realidad se trataba tan sólo de asociaciones mentales verificadas en determinados momentos, ocasionalmente bajo la presión de especies de urgencias. A veces incluso desaparecieron esas circunstancias, perduraron por inerzia y rutinariamente aquellas asociaciones, llegando a producirse en el contemplador la impresión de que eran permanentes. Cuando en el fondo se trataba tan sólo de productos fraguados en un cierto momento histórico, y así, al modificarse sustancialmente las condiciones colectivas, aquéllas se disolvieron, surgiendo otras diferentes. Aldous Huxley, el gran novelista inglés, muy destacado también en el campo de la Filosofía social, observa a este respecto que muchas asociaciones mentales y su acción en su tiempo parecían naturales e inevitables, no han existido en otros lugares o en otros épocas. Es falso que el ser del hombre sea inmutable. Por el contrario, la historia nos muestra que puede ser variado y fundamental y que muchas veces lo ha sido. Hay sociedades en las que casi todas las actividades de sus miembros están ligadas a emociones negativas; y en las que socialmente está prohibido sentir de modo alguno desconfianza, envidia y malevolencia. Por el contrario, hay otras colectividades en las cuales sus componentes se guían por emociones de carácter positivo. Cada modo de vivir concreto está ligado a asociaciones fortuitas de conductas, pensamientos y emociones. Tales asociaciones pueden persistir largo tiempo; y mientras duran son consideradas como naturales, como necesarias, como esenciales a la índole humana. Los hombres, a otros nexos que crean nuevas formas de conducta, las cuales pasan a ser consideradas tan forzosas y naturales como las anteriores. A veces, como ejemplos, Huxley recuerda varios casos bien significativos. "En las clases más ricas de la sociedad medieval y de los primeros tiempos de la edad moderna, existía una conciencia muy estrecha ante los pensamientos y costumbres referentes a los sexos y los pensamientos y costumbres relativos a la propiedad y la posición social. El noble del medioevo se casaba con una dama de su rango, y el burgués de la edad moderna se casaba con una dote... La esposa no sólo representaba propiedades, sino que además ella misma era también propiedad. Los celos forzosos, que tradicionalmente se justificaban, se debían no sólo al tanto a una pasión sexual contrariada,

sino también y más a un ultraje contra el sentido de la propiedad. El orgullo lastimado y la aversión ofendida se combinaban con ansias de venganza y con una clase de celos que solamente podía satisfacerse con el sangre de la esposa infiel. Por otra parte, la esposa fiel era adornada y alhajada, a veces por verdadero afecto, pero más aún por un principio de prudencia, para satisfacer el deseo de glorificación personal del propio marido. La esposa vestida con suntuosidad era una especie de anuncio ambulante, que proclamaba la riqueza y la posición social de su dueño. Una asociación de ese tipo, aunque menos intensa, sobrevive todavía hoy en nuestras sociedades. Pero, en cambio, en otros aspectos se ha verificado notablemente una disolución de aquel tipo. Las esposas ya no son consideradas como propiedad privada; consiguientemente ya no parece natural ni legítimo matar a la infiel. La idea de uniones absolutamente gratuitas, sin relación con dotes ni con inversiones es frecuente hoy en día, incluso entre los mismos ricos". Pues bien, creo que algo parecido podría realizarse en cuanto al análisis de otras asociaciones que han regido las conductas en el mundo. Estas asociaciones, que son las que forman el núcleo de las relaciones internacionales. Hay sujetos míopes, notoriamente ingenuos, que creen que siempre ha sido la misma manera de concebir la relación entre la patria y las demás naciones, que tienen del patriotismo una idea meramente egoísta y de vía angosta. Sin embargo, la historia atestigüa que esas cosas no han sido ni son como tales gentes pretenden. Así, por ejemplo, rezuma falsedad por todos sus poros aquella vieja teoría de que la nación es algo rígido, que se basa en una comunidad

(Segue en la 6a. Pág.)

PAGINAS DEL ROMANCERO

LA PEQUEÑA BURLADORA

Por JUAN REJANO

De un punto de Francia —de Francia la bien guardada— ha partido la niña hacia París. Allí, en la gran ciudad, tiene a sus padres. ¿Por qué esta mucherita, tan bella, tan dulce, camina sola por los campos, sin que antes de emprender el viaje se procurara una buena compañía? ¿Qué motivos son los que la han decidido a marchar? La mañana es hermosa, y ella, sin reparar en peligros ni asechanzas, va haciendo su camino, embobada en la pureza del cielo, en el parloteo chispeante de los pajarrillos, en el tranquilo suspirar de los arroyos. Pero, de pronto, algo que no sabe qué le dice que lleva el camino errado; que sus pasos son inútiles; que nunca llegará a París si sigue aquella dirección. Desorientada, titubea, intenta tomar otro sendero, pero rápidamente desecha su propósito. Mira a una y otra parte, se siente un poco acorralada, al fin, se dirige a un roble corpulento que cerca del camino ofrece su ancha sombra. Recostada en el centenario tronco, como si de él recibiese un aliento humano para su soledad, se dispone a esperar. Pasa el tiempo. Nadie cruza el paraje. La niña empieza a consumirse de angustia, cuando en un recodo aparece un caballero, jinete en una nerviosa cabalgadura. En cuanto está próximo, la extraviada mucherita llega hasta él y le pregunta: —Caballero, si no es indiscreción, ¿a dónde vaís? —A París —responde el viajero. —Si os place —insiste ella—, llevadme en vuestra compañía. He equivocado el camino... —¿Y tanto que me place! —exclama el caballero, dejando asomar a sus labios una fina sonrisa. Y, luego, apeándose del caballo y haciendo grandes genuflexiones de cortesía, toma a la dama en sus brazos y ágilmente la sube a las ancas del animal. De un salto sube él también y se colocan de nuevo en la silla. A buen andar del cuadrúpedo, el caballero y la dama, sintiéndose tan cerca el uno del otro, no se atreven a despegar los labios. Ella se aprovecha de la ventajosa situación que le depara el ir detrás para mirarlo a sus anchas. Él, no pudiéndose contener a veces, se vuelve también y la alisa con el rabito del ojo. Los dos, como poseídos por un vehemiento impulso, se dan cuenta recíprocamente de que son jóvenes, de que son hermosos y están en la edad del amor. Pero... ni una palabra sale de sus bocas. Un buen trecho de camino llevan ya recorrido cuando el caballero se decide, por fin, a hablar. Primero son unas palabras vagas, imprecisas, que buscan apoyatura en cualquier fútil pretexto. Más tarde, unos tímidos elogios a la belleza y al donaire de la niña. Por último, cuando el ánimo ha logrado perder toda atadura, un galante requerimiento de amor... —¡Jesús! —exclama la niña. —¡Ni lo penseis! —¿Por qué? —demanda con pasión el caballero. —Porque sería una villanía... —¿Una villanía, decís?... —Sí, una villanía de mi parte... —Como no os explique mejor... —Pues bien, sabedlo: soy hija de padre y madre leprosos. También lo sería el hombre que hasta mi quisiera llegar... Un silencio elocuente envuelve las últimas palabras de la muchacha. Nada replica el enamorado. Como mudo permanece todo lo que queda de camino, mientras la requerida de amores clava en él su mirada, entre compasiva y burlesca. Al llegar a París, el caballero desciende de su cabalgadura y ayuda a la niña a que también lo haga. Ya se inclina ante ella, sombrero en mano, cuando advierte en la que ha sido su compañera de camino una sospechosa sonrisa. —¿De qué os reís, señora? —le inculera. Y ella, que ya no teme ningún peligro:

—¡Ríeme del caballero y de su gran cobardía. ¡Tener la niña en el campo, y catarle cortesía!

LINCOLN

Hace 82 años que Abraham Lincoln murió y en ese tiempo ha permanecido, como en huerto sellado, su archivo particular. Acaba de romperse ese secreto, en presencia de historiadores que fueron convocados para dar fe, en la Biblioteca del Congreso de Washington, de la apertura de ese tesoro, en el que se espera encontrar la explicación de algunos enigmas relacionados con la vida de aquel hombre singular. Dos catalogadores de dicha biblioteca, el Dr. C. Percy Powell, jefe de la División de Manuscritos, y Mrs. Helen Bullock pudieron realizar el trabajo del índice. Sesenta años hace que dos escritores —los únicos que tuvieron ese privilegio— John Nicolay y John Hay, secretarios de Lincoln, escribieron, pudieron consultar documentos para preparar la monumental biografía en diez volúmenes; pero se sospecha que suprimieron ciertos hechos, que dañaban a ciertas personas. Durante algún tiempo ha habido quienes afirman que en el fondo del asesinato de Lincoln se movieron los más inconcebibles intereses de la política. Hay, como es lógico, interés especialísimo por conocer algo más sobre aquella vida dramática que es una de las expresiones más puras de la santidad.

MEMORIAS

Casi todos los presidentes de los Estados Unidos escribieron sus memorias o, por lo menos, han llevado diarios íntimos. En la Biblioteca del Congreso se puede consultar el de Jorge Washington. En esos apuntes presidenciales —desde Quincy Adams hasta Wilson— hay materia prima para enriquecer el conocimiento de hombres y acontecimientos de nuestra América, y de ahí que sea preciso hacer una revisión y revaloración de las memorias que han sido publicadas. Tratándose de los personajes políticos de la América Hispánica, se puede asegurar que son muy contados los que dejaron escritas sus memorias. Entre ellos pueden ser mencionados: Antonio López de Santa-Anna, Benito Juárez y Porfirio Díaz, en México; Francisco Morazán, Miguel García Granados, Adrián Vidaurri y Policarpo Bonilla, en Centroamérica; los generales Pern de Lacroix, Daniel Florencio O'Leary, Guillermo Miller, Rafael Urdaneta, José Antonio Páez, el Almirante Lord Cochrane y Vicente Rocafuerte, —entre otros— en Sudamérica. Hay varios epistolarios que han tenido resonante importancia: los de Morelos, Bolívar, (arreglado por Vicente Lecuna) Francisco Miranda, Martí, (sus cartas a Manuel Mercado), Máximo Gómez, Antonio Maceo, Francisco de P. Santander, Antonio José de Sucre, y últimamente —para no fatigar la atención del lector— el "Archivo de don Bernardo O'Higgins" publicado en Santiago de Chile por el Archivo Nacional, a través de la Editorial Nasci-

NUESTRA AMERICA

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

mento. Dentro de poco verémos, dadas a la estampa, las cartas inéditas, aunque seleccionadas, de Agustín de Iturbide, y las de don Ricardo Palma, compiladas por sus hijas y que publicará la Editorial Antártica, de Lima. RECUERDOS Hay mucho material disperso, para la historia política, en algunas de las memorias de los hombres de letras; por ejemplo, las que dejaron Guillermo Fríolo, Rubén Darío y Lucio V. Mansilla. Acaba de aparecer en Lima "El Manuel", en el que la señora Adriana de González Prada, viuda del magnífico pensador y poeta, relata los recuerdos de su vida junto a él. No hay que olvidar que en la bibliografía peruana figura un libro rarísimo: "Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que se tuvo en ella", obra postuma de P. Pruvonena (París, 1858), cuyo autor fue el primer presidente de aquel país, el Gran Mariscal José de la Riva Agüero. Esta rápida enumeración de ideas del poco interés o de la desidia de muchos de los estadistas o simples mandantes que en nuestra América han tenido un papel eminente a veces secundario, pero siempre digno de ser conocido para llegar a la comprensión de su época; ¡Cállese la importancia extraordinaria que tendrían hoy, por ejemplo, las memorias del argentino Rosas, del guatemalteco Estrada Cabrera, o del venezolano Juan Vicente Gómez! Verdad es que no todos los que han manejado la espada han sabido hacer lo mismo con la pluma. PELIGROS No es posible prescindir de la pasión humana como factor vital en la hora de convocar recuerdos; pero no puede negarse que esa pasión en la mayoría de los casos se ha salido de sus linderos para convertirse en esumamarajo verde, en irreflexiva sucia, en artimaña vil. Basta leer la famosa carta del general San Martín —uno de los hombres más ecuanímenes— al conspirador de la Riva Agüero, para que nos demos cuenta de que hay cartas que pueden dejar maltrazo al más pintado. Sucede también que los epistológrafos políticos, comenzando en López de Santa-Anna y siguiendo con los eternos presidenciales, que tanto abundan en nuestra América, utilizan las cartas como instrumentos de defensa para posteriores juicios, valiéndose de toda clase de artimañas para enturbiar la verdad, poniendo trampas al investigador desprevenido y hasta recurriendo a la interfección coartada. Por eso el documento epistolario, como otra clase de documentos, tiene que ser escudriñado con ese ojo clínico que permite el empleo de cristales sutilísimos para poder encontrar detrás de la tinta y el papel las huellas de la verdad aproximada.

LOS TRABAJOS Y LOS JUEGOS

EL TRABAJO DE PINTAR

Por JOSE MORENO VILLA

Hay aprendices que se acercan al taller pensando que el pintar es simplemente trabajo, oficio; otros, que es puro juego, diversión; otros, finalmente, que es un modo de expresar ideas o sentimientos. ¿Cuáles están en el cierto? Ninguno, aunque, parcialmente, todos ellos; puesto que el pintar es, a la vez que un trabajo, un juego y un medio expresivo. Sólo acertará aquél que aprende a ser, siendo trabajador, tenga don o gracia y cosas interesantes que expresar. Que es un trabajo manual y visual, con desgaste nervioso, nadie puede negarlo. Cansa, rinde, extenua. Y que tiene mucho de oficio tampoco lo niega nadie. Aunque ya el aprendiz no tenga que moler los colores ni preparar las masas, tendrá que adiestrarse en dibujar, componer, distribuir las masas, proporcionar, entonar y graduar, unir y separar las materias, y conseguir que el conjunto se vea de golpe, no por partes autónomas que nos mareen con sus llamadas particulares. Tan largo es esto del oficio y tan sujeto a fluctuaciones, que nunca se acaba. Siempre se puede añadir una conquista y desechar otra. Hay quienes suman dificultades y quienes eliminan facilidades.

Proporciones, colores y armonías de otros pintores —aunque sean los máximos— no expresarán si tuvo, sus preferencias íntimas, tu arte, sino el de aquellos. Serás un copista, pero no un artista en el legítimo sentido de la palabra. No darás al mundo tu gracia, sino tu habilidad. ¿En qué consiste la gracia? Arriba la equipararé al espíritu; pero supongo que mi lector pide más claridad. Si digo que es el quid, el duende, el don misterioso, podrá irle orientando hacia el concepto, pero tampoco lo habrá definido. Pensemos en que la Iglesia dice de sus santos varones o elegidos: "recibió el don de la gracia", "está en gracia con Dios", "tal cosa fue un don gracioso". Gracioso aquí equivale a gratuito, a regalado, a lo que no cuesta. A algo que no es trabajo, sino especie de propina inherente al trabajo y que sale sin darnos cuenta. Es nuestra paloma, el aveica del espíritu, el vuelo y el garbo inseparable del verdadero arte. El artista será verdadero artista si está, como los santos, asistido por la gracia. Y ese mismo artista, si no está en gracia un día, no dará fruto vivo, sino amojavado, sin sangre. Porque todos sabemos que no siempre

acierta el hombre; no todas las obras de un pintor están igualmente bañadas por aquél don de gracia. Y esto nos prueba que no radica sólo en el trabajo u oficio el arte de pintar. Esta gracia está latente o dispuesta a intervenir siempre, pero no sale más que tras larga o intensa concentración. Y entonces sale sin esfuerzo, traída naturalmente, con lógica fluidez; porque no se parece al chispeo que se brusco, sino a las modulaciones de un cuerpo bello. La gracia corre a través de la obra desde el momento en que se revela o se apodera de uno. Y la vemos asomarse a este tono, a este toque, a este rasgo del pincel, a este temblor luminoso, a este elemento formal o colorido que al fin cierra y aprueba la obra, dejándola intocable ya. El don de gracia se exige al pintor, pero también a los demás creadores, sean poetas, novelistas, dramaturgos o cineastas. Y decimos de alguien, "hay está en vena, o está en mano", cuando vemos que de sus palabras o de su tarea viene a nosotros una especie de fulgor, aleteo, estremecimiento, poder mágico, o lo

(Segue en la 6a. Pág.)

LOS ANIMALES

Por JULES SUPERVIELLE

Pensaba estar tranquilo en la granja donde había ido a pasar unos cuantos días; pero cómo encontrar reposo rodeado por millares de insatisfechos? No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una perdigonada al más inocente pajarrico. Cuando un animal bovino come, lo hace siempre con una sombría gravedad, como si con él se moviera la vaca grande a por millares de insatisfechos. No conozco señal más segura de desprobación para el resto del mundo que el bálido de las ovejas separadas de sus corderillos. Y era el día del esquileo. ¿Cómo no desesperar de todo cuando veinte mil cabezas de ganado os rodean en una extropeada barandada? Las cabezas... ¿Qué será de los cuerpos? Serán devorados. Los perros de la granja están allí para decidirlo: este ira al matadero, este otro no está todavía en condiciones. Y, mañana, será el muír de los bueyes, de las vacas y de los terneros, todas esas dolorosas trayectorias que, salidas del vientre, atravesarán el aire miserablemente y se buscarán en la indiferencia de los grandes espacios. En el campo está representado por los arboles de las avenidas, la hierba de los parques y, acá y allá, por algunas chuletas de cordero, algunos filetes de buey expuestos en las carnicerías o en los escaparates de los restaurantes. Por todas partes, el hombre y su apetito. En el campo, donde me encuentro, el hombre es tan raro que tiene el aspecto de una curiosidad de toda la población animal. Y más que el caballero, el peatón, el cual está casi siempre provisto de un rifle de caza, dispuesto a enviar una